



PERIÓDICO LITERARIO, RECREATIVO Y MORAL
DEDICADO AL BELLO SEXO.

DIRECTORA: DOÑA JOSEFA PUJOL DE COLLADO

Primera suscritora: S. A. R. la Infanta doña Isabel Francisca de Borbon.

Toda la correspondencia literaria y cambio de periódicos, debe dirigirse á la Directora del Semanario, calle del Divino Pastor, 23 duplicado, principal izquierda, Madrid.

CONDICIONES MATERIALES DE LA PUBLICACION

— Véase el anuncio inserto en la octava plana. —

IMPORTANTE.

Las señoras suscritoras de FLORES Y PERLAS que hayan satisfecho algun recibo al antiguo repartidor del periódico, D. Ricardo de la Puente, se servirán avisar á la Administracion, pues nos obliga á causarles esta molestia el esclarecimiento de los hechos que motivaron nuestra advertencia del número pasado, y además el deseo de que no se vean perjudicados los intereses de nuestras favorecedoras.

LA ADMINISTRACION.

SUMARIO.

Mujeres célebres, por Josefa Pujol de Collado.—La vocacion, por Concepcion Jimeno de Flaquer.—Rima, por Antonia Opisso.—Paisaje, por J. M. F.—De confianza, por Juan Tomás Salvany.—¿Qué es la mujer? por Agustín Muñoz y Gomez.—Impresion, por Juan Tomás Salvany.—Historia triste, por Emilia Calé y Torres de Quintero.—Charada.—Anuncios.

MUJERES CÉLEBRES.

MARGARITA LAMBRUN.

La ilustre dama escocesa que llevaba este nombre, merece ocupar un lugar distinguido en los anales históricos del siglo XVI, por la heroica intrepidez y admirable sangre fría con

que intentó vengar la muerte de su marido, y la de su querida soberana la hermosa é infortunada Maria-Stuardo.

Cuando se supo en Escocia el trágico fin de la desgraciada princesa, el esposo de Margarita murió de dolor y desesperacion, viendo que todos los planes que concibiera para salvar á la reina habian resultado fallidos, y su viuda, en vez de verter lágrimas inútiles que no podian devolverle á los seres amados de su corazon, tomó la resolucion de vengarlos.

Con el objeto de ejecutar mejor su intento, abandonó su traje de mujer para vestir el de hombre y partió para Lóndres, donde se dió á conocer con el nombre de Antonio Sparch.

Dejamos á la consideracion de nuestras lectoras el calcular las dificultades sin fin que se opusieron á la realizacion de sus designios; no obstante, las superó todas con una constancia digna de su carácter varonil, y un día que Isabel de Inglaterra se paseaba tranquilamente seguida de sus servidores, la denonada escocesa, siempre vestida de hombre, le salió al encuentro disparándole una pistola que á prevencion llevaba.

El tiro no tocó á la reina, y Margarita, viendo frustrado su intento y tratando de sustraerse á la accion de la justicia por medio de la muerte, y volvió contra ella el cañon de la pistola con la rapidez del rayo; pero las personas que la rodeaban á Isabel se sugetaron y redujéronla á prision.

La reina se retiró á palacio, dando orden de que introdujeran al culpable á su presencia.

Margarita, con la más perfecta serenidad, se presentó en la cámara real, y con imperturbable frialdad esperó que empezara su interrogatorio.

—¿De qué país sois, y cómo os llamaís? la preguntó Isabel.

—Señora respondió la acusada, nací en Escocia, y soy conocida con el nombre de Antonio Sparch, pero me llamo Margarita Lambrun, y estuve por espacio de muchos años al servicio de vuestra víctima María-Estuardo. La muerte á que injustamente condenásteis á mi señora causó la de mi marido; y perdidos los dos seres que más he amado en el mundo, concebí hácia vos, que fuisteis su verdugo, un odio implacable que me surgió la idea de daros la muerte. La fortuna me ha sido contraria y he caído en vuestro poder; haced de mí lo que querais; estáis en vuestro derecho. Las mujeres como yo no se humillan nunca hasta el punto de pedir clemencia.

Isabel fijó su fría y penetrante mirada en aquella mujer valerosa que así desafiaba su cólera, y contestó tranquilamente:

—Habeis cumplido vuestro deber al intentar vengar en mí la muerte de dos personas que os fueron queridas; pero ahora, puesto que como decís muy bien la suerte no os ha favorecido, ¿cuál pensáis que es el mío respecto á vos?

—V. M. me permitirá la pregunte si este deber suyo respecto á mí es en calidad de reina ó de juez.

—De reina.

—Entonces V. M. debe perdonarme.

—¿Y qué seguridad tengo yo, si así lo hago, de que no abusaréis de mi perdón para intentar segunda vez contra mi vida?

—Señora, perdon que se otorga con tantas precauciones, no merece el nombre de tal; por tanto, colocaos en el lugar de un juez, é impondreis condiciones.

Admiraba reina de la entereza de carácter que demostraba la culpable, dijo á varios de los consejeros que la rodeaban:

—En treinta años que llevo en el trono, nunca he encontrado á nadie que me diera semejante lección; la recordaré y por ello os doy las gracias, añadió dirigiéndose á Margarita. Os perdono porque creo, como vos, que una reina tan sólo debe perdonar; y al momento uno de mis servidores os conducirá con todas las atenciones debidas á las costas de Francia, donde quedareis libres. Os pongo en libertad sin condiciones.

Inmediatamente Isabel designó al caballero que debía acompañar á la fiel servidora de María-Estuardo. Margarita se inclinó ligeramente y salió de la cámara á despecho de todos los cortesanos, que hubieran deseado la impusiera un castigo.

—Esa mujer tiene razón, murmuró la hija de Ana Bolena al quedarse sola, pero ignora que en los reyes, el perdón se juzga muchas veces como una debilidad.

JOSEFA PUJOL DE COLLADO.

LA VOCACION.

Cada niño nace con facultades determinadas para una ciencia, arte ú oficio, y la madre debe ser la encargada de estudiar esas facultades.

Los padres que se empeñan tenazmente en que los hijos sigan la misma profesión que ellos, cometen un error, pues se exponen á que se malogre su inteligencia.

Cuando se siente extraordinaria hácia una carrera determinada, es ilógico contrariarla.

El espíritu es muy independiente, y no tolera barreras: á despecho de la voluntad brillará siempre la vocación de la criatura; inútil es querer sofocarla.

Para corroborar esta idea, relataremos á grandes rasgos un episodio que hemos oído referir de la vida de un pintor ilustre, nacido en humildísima cuna.

Al fin del florido sendero que conduce á Correggio, hermoso pueblo situado á algunas leguas de Módena, se encontraba una cabaña habitada por seres tan pobres como honrados.

Allegri, su esposa Marietta, Lorenzo, hermano de ésta y Antonio, hijo de Allegri, se sustentaban con el mísero producto de la leña que cortaban en los bosques y vendían en el pueblo.

Marietta bordaba pañuelos para la marquesa Gámbara.

La familia del leñador estaba resignada con su destino; en los semblantes de todos brillaba el contento, á excepcion del de Antonio, que tenía siempre un tinte melancólico y sombrío, una expresión de disgusto y contrariedad que causaba mucha lástima.

Uno de esos días transparentes y embalsamados, á la hora del crepúsculo vespertino, esa hora tan bella en Italia, sostenía la siguiente conversacion la familia del leñador:

—¿Qué te pasa, hermano? ¿Por qué esa tristeza? Pobres somos, es verdad, pero para tu consuelo tienes por mujer á mi hermana, es decir, á la mejor hembra de Correggio, y por hijo á mi sobrino Antonio, que es el chico más guapo y hábil, no sólo de Correggio, sino de Módena, de Ferrara, de toda Italia, y no digo de las demás partes del mundo, porque no conozco los chicos que hay en ellas.

—Pues ese chico precisamente causa mis desvelos—respondió Allegri.—A mi hijo no le gusta el trabajo, y ya cuenta quince años de edad.

—¿Que no le gusta el trabajo! Tú calumnias á mi ahijado. Mira este fajo de papeles, mayor que los míos de leña, y verás si trabaja tu hijo. Observa qué gracioso está el alcalde del pueblo en caricatura; fíjate y verás con qué expresión tan maliciosa mira la alcaldesa á un mozo del lugar. ¡Cuánto entusiasmo y amor hay en el rostro de aquellos novios que se oprimen la mano! ¿Y qué me dices del señor del pueblo, dando una moneda de cobre á ese andrajoso y examinándola por si se vuelve de oro al dársela? ¡Qué bien retratada está su avaricia!

—No consigues disculparle á mis ojos, su oficio es cortar leña, y no manchar papeles. Es un perezoso, un haragan, un vago, y yo no quiero tener un hijo vagabundo.

—No trates con tanta dureza á nuestro hijo, exclamó Marietta, terciando en la conversacion.

—Pruébame, esposa mia, que al chico le gusta trabajar.

—Ahora mismo está haciendo un cielo ó una pantalla de chimenea que Lorenzo quiere regalar al señor cura; un cielo como nunca se ha visto, con unas nubes blancas sobre azul, y las nubes parece que andan como si el viento las empujase.

—Más valdria que trabajara en el bosque con los otros leñadores; tú te matas bordando, y él no gana el pan que come.

—Ya lo ganará.

—Eres muy buena y siempre le disculpas.

—Yo opino como mi hermana.

—Bien debías pensar que tus pintorreleos no te dan á ti nada, y si la leña del bosque.

—Es que soy mal pintor; sólo tengo afición, pero el chico tiene grandes disposiciones. Un muchacho de esa edad que no ha aprendido dibujo, y á la primera ojeada que echa sobre mi cuadro exclama: "Tío, esa pierna es corta, ese brazo no está bastante alto, esa nariz está torcida." Y todo es cierto, hermano; el chico tiene razón, sabe más que yo con ménos años.

En este momento se presentó Antonio.

—¿De dónde vienes, muchacho? preguntaron unánimemente. Tres días sin parecer por aquí, y tan poco pan que te llevaste!

—He estado en el bosque.

—Traerás mucha leña, objetó el padre.

Marietta estaba alterada.

—Es que me ha sucedido una cosa muy rara, padre: yo iba decidido á cortar leña y traer mi jornal... pero... como dice tío Lorenzo, el hombre propone y Dios dispone.

—¿Y qué más? preguntó Marietta.

—Madre, lo más difícil es decir el sucedido.

—Vamos, el caso es que no trabajaste, ¿he?

—Sí, tío, trabajé.

—Entonces, has perdido el dinero que te dieron por la leña.

—No, madre, tampoco es eso.

—¡Acaba, con cien mil de á caballo! gritó Allegri.

—Pues, señor, llevo al bosque, cojo mi hacha y mi martillo, y empiezo con tan buena voluntad, que los compañeros me gritaban: "anda, chico, hoy sí que estará tu padre contento." Llegó la hora de comer, me siento en el suelo, saco mi navaja y mi pan, mi queso y carne, y mientras comía, veo una gran rama que se desprende de un árbol, limpia y hermosa; y sin saber lo que hacía, soñando tal vez, olvido que estaba comiendo, y distraído empiezo á hacer cortaduritas en la rama, y despues de tres días he concluido hoy mi trabajo.

—¿Qué has concluido? gritaron los oyentes.

—¡Mi paciencia! exclamó Allegri.

—Esto, dijo el chico, yendo á buscar de un rincón un objeto que preséntó á los asombrados leñadores.

El objeto era una Madona con el Niño Jesus en los brazos, groseramente tallado.

Allegri no vió más que un pedazo de madera. La madre, con ese instinto que es peculiar á las madres, gritó alborozada, adivinando el génio en su hijo:

—¡Preciosa Madona! algunas más perfectas hará mi Antonio con el tiempo: todavía no puede hacerlas mejores, es imposible.

—¡Yo digo que es un estúpido! gritó el padre.

—Hijo mío, yo te protegeré, decía Marietta llorando de entusiasmo.

—Yo también, añadió el tío Lorenzo: te entrego desde ahora mi paleta, mi pincel y mis raspines.

El padre gritaba:

—¡Todos estais locos! ¡Un haz de leña sería mejor!

—Mira, Allegri, con qué gracia inclina la Madona la frente hacia su hijo.

—No te fascine tu amor maternal; yo soy tan devoto como tú de la Madona, y sin embargo, no puedo aplaudir que gaste el tiempo en hacer muñecos de madera. Todos sois culpables por alimentar su pereza.

—Padre, no volverá Vd. á decirme que no gano el pan que como.

—Es muy bueno que tengas dignidad.

El muchacho se alejó un poco.

Marietta lloraba.

—¿Qué tienes, mujer?

—Debía adivinarlo tu amor de padre: Antonio nos deja, es su resolución, lo leo en su frente.

—Si el chico tiene vocación de artista, añadió Lorenzo, dejadle: él no se da mala maña para la pintura. El otro día le ha hecho al frutero de enfrente una muestra que representa al mismo frutero comiéndose á dos carrillos su propia mercancía, y os aseguro que frutas y frutero parecía que se salían de la tabla. Pronto poseerá el talento de la plástica; su Madona lo indica. Han en todas las líneas de su cara una expresión, un sello especial que delata su génio.

Antonio marchó á Módena, dejando á sus padres afligidos, pero despues de haber obtenido la bendición de ellos.

Sólo, con su fé en Dios y su entusiasmo, entró por la vez primera en una gran ciudad.

Su madre le dió unas líneas que debía entregar á la marquesa Gámbara, para la cual bordaba pañuelos, y el muchacho se presentó á ella pidiendo protección.

A la marquesa le interesó el muchacho por la vehemencia que manifestó al hablar de su vocación, y se encaminó con él inmediatamente al estudio de Francisco Bianchi, para recomendarlo.

Admitido por el célebre maestro, Antonio no podía dominar su alegría y su notable gratitud hacia la marquesa.

—¡Creed, gritaba ébrio de placer, creed, señora, que yo haré buenos cuadros, y que el primero será para vos!

En el estudio de Francisco Bianchi se hacían obras maestras.

La marquesa pagaba puntualmente las mensualidades del pequeño artista, y cada vez que iba á verle, recibía satisfactorias noticias acerca de los progresos de Antonio.

Su primer cuadro representó la Asunción de la Santa Virgen, como obsequio á su devota protectora, y en memoria de la Madona de madera groseramente tallada que determinó su gran vocación.

Sus condiscípulos le denominaron Correggio, y ha pasado á la posteridad con este nombre.

Grandes obras hizo, de las cuales sólo recordamos las siguientes: un grupo para la iglesia de Santa Margarita en Módena; un San Antonio, de la galería de Dresde que pintó en 1572, en Carpi; varios frescos para la familia Gámbara, algunos cuadros para el conventual de la misma ciudad, y más tarde pintó para otros países. Segun dicen, nunca estuvo en Roma, y sin embargo, una de las cosas que más brillaban en él es el gusto de lo antiguo. No sólo el Correggio era el pintor de las gracias, lo que hacía decir á Faillascan que el Corregio era en la gracia, lo que Miguel Angel en lo terrible, sino que fué también el creador de la armonía del claroscuro y de los admirables escorzos, de tan gran efecto cuando no se abusa de ellos.

Los niños pintados por el Correggio tienen una gracia divina y celeste, que los iguala á los mismos ángeles.

La familia del humilde Allegri se vió rodeada de una aureola de gloria.

La predicción de Marietta se cumplió.

Un mísero leñador ocupó puestos elevados, ganándose la admiración de todo el mundo.

¡Oh! el instinto maternal no engaña nunca á las mujeres, él suele ser á veces más fiel que las profundas disquisiciones de los filósofos.

¡No desoigais nunca la voz de una buena madre!

CONCEPCION JIMENO DE FLAQUER.

RIMA.

Cuando uno es dichoso, muy dichoso,
misterioso arcano
acibara su dicha y alegría
y siente serlo tanto.

Del alma en los abismos insondables
hay un desierto páramo
que no llenan ni dichas ni alegrías
sino el dolor amargo.

ANTONIA OPISSO.

PAISAJE.

En la márgen sentado
contemplo la feliz naturaleza
mientras el manso arroyo
sus tersas ondas á mis piés destrenza.

Mariposas y pájaros
en torno mío y á bandadas vuelan,
y la brisa me trae
un randal de perfumes que me besan.

Las ramas de los árboles
me rozan columpiándose ligeras,
y cánticos lejanos
me arrullan vagamente y me enajenan.

En tanto mis miradas
se pierdan á lo lejos de luz llenas
y en el vasto horizonte
del ideal la silueta encuentren.

J. M. F.

DE CONFIANZA.

Como quiera que antes tenía yo un carácter franco y expansivo, y hoy lo tengo por demás adusto, mudanza que no sin motivo me han reprochado más de dos, véome en la precisión de explicar esta volubilidad tan repentina como desprovista, al parecer, de fundamento.

Has de saber, lector, que cierta dama, no sé por qué razón, tuvo el antojo de conocerme y de tratarme. Acudí gustoso al llamamiento y se efectuó la presentación con todas las reglas del buen tono. Tras quince minutos de frívola conversacion y de estrecharnos suavemente la mano, de ofrecermela su casa y de ponerme yo á sus piés, ó sea á la puerta de la calle, tuve no sé si diga la fortuna ó la desgracia de entrarle por el ojo derecho á la tal dama. Con este motivo, menudearon las visitas, llovieron las invitaciones, cruzáronse los saludos, jugaron en los labios las sonrisas, deslizáronse desde el entendimiento hasta la lengua las galanterías y lisonjas.

En honor de la verdad, debo decirte que jamás me ví tan halagado ni pasé mejores días. ¡Qué sonreír y qué mirar los de la dama! ¡Qué arrulladora música la de su dulce voz cargada de favores! ¡Qué mudos coloquios los de mi brazo con la morbidez del suyo al trasladarnos del salón al comedor, del comedor al gabinete del café! ¡Qué sentarme yo á la mesa junto á ella y qué beber de lo exquisito y comer de lo sabroso! Durante aquellos venturosos días, que constituyeron el plenilunio de nuestra fina amistad, no hubo lisonja que no oyera, ni cuidado que no se me prodigara, ni consideracion que no se me guardase, ni deseo, en fin, que yo no viera satisfecho.

¡Ay! Una tarde, Eufemia, que así se llamaba la hermosa, se descolgó, no sé por dónde, con una comida vulgar, adocenada, una comida de sota, caballo y rey, sin sazón ni condimento. Por vía de explicacion, cuidando ménos de la voz y la actitud, dejó escapar estas palabras que me aterraron:

—Vd. es de confianza; así le trataré en lo sucesivo.

Otra tarde, yendo á comer como de costumbre, me encontré con que eran los convidados. Eufemia eligió entre ellos á dos y los sentó á su lado. En cuanto á mí, señalándome el último puesto en torno de la mesa, dijo casi sin mirarme:

—Allí, amigo mío; Vd. es de confianza.

Y aunque la comida era exquisita, me sirvieron el último y de lo peor entre los comensales.

Otra tarde, estuve á visitar á Eufemia y me dió un sólo de dos horas.

Al fin, salió diciendo:

—Al llegar Vd. comenzaba á vestirme; no quise verificarlo aprisa y mal, porque es de confianza, de muchísima confianza.

Yo en tanto decía para mí:

—Si tan de confianza soy, ¿por qué no salió Vd. ménos emperregilada?

Llenóse la casa de visitas, y mi excelente amiga me hizo sentar en una mala silla; dió á los otros las butacas, el sofá, los divanes, y á penas se dignó dirigirme la palabra ni prestarme su atencion en toda la tarde; hubiera estado conmigo muy grosera á no ser yo un amigo de confianza. En cambio, cada vez que tiraban de la campanilla y el tiron trascendía á recado casero, me decía por lo bajo:

—¿Quiere Vd. hacer el favor de ver quién es?

—Señora, la cuenta del tendero.

Que vuelvan mañana... ¡Ande Vd., haga Vd. el favor!

Hubo día en que fui á la casa y no me fué posible oír á la dueña sino dirigiéndose á los criados, ni verla, como no fuese al pasar de una habitación á otra, cruzando ante mí la sala ó el gabinete como viviente exhalacion. Ya se ve. ¡Tenía ella tantas cosas que hacer! ¡Era yo de tanta confianza!

En mi domicilio, á cada dos por tres, recibía carta y tarjetas de Eufemia, en las cuales me colmaba de encargos y peticiones,

terminando siempre con estos ó parecidos términos: "No me atrevería á molestarle, sino fuera Vd. mi amigo de confianza," etc.

En efecto, llegué á ser para la hermosa un amigo de confianza, un secretario honorífico, un meritorio, ó como tú, lector, quieras llamarlo. Si comíamos en familia, es decir, de confianza, me levantaba de la mesa con hambre y disgusto; si nos acompañaban á comer varias personas de cumplido, era yo el que más lejos de Eufemia me sentaba, el último á quien servían; y como gastasen buen apetito los convidados, con frecuencia no llegaban á mi plato más que las salsas y los huesos. Los criados, testigos de mi intimidad con la señora, me desatendían á cada paso, con objeto de atender á los demás, y considerándome también un convidado de confianza, solían hacerme víctima de sus tan lamentables como frecuentes distracciones. Ya nada de sonrisas ni de lisonjas; Eufemia estaba sobrado ocupada para prodigármelas; nada de tomarme el brazo ni de satisfacerme los deseos; al separarnos me tendía la mano con indiferencia, cuando no me iba sin verla, por traer ella algo entre manos, ó me despedía con un lacónico *hasta luego*. Reinaba tal confianza entre los dos, que ni Eufemia estaba obligada á más, ni debía yo ofenderme. Si en pago de todo ello me hubiese tratado aún con mayor intimidad, si me hubiese concedido algun... Pero ¡quía! ni por esas.

El caso fué, lector, que aburrido hasta lo sumo, dejó de ver á Eufemia; y como cierto día me la encontrase en la calle y sintiese acariciados mis oídos con el epíteto de *¡ingrato!* llegóme á mí el turno de decirle:

—Estoy tan ocupado... Vea Vd., los editores... Luego, tengo siempre que hacer tantas visitas... Vd., Eufemia, es de confianza.

Al fin y al cabo era ésta una dama distinguida. Nada te digo, oh lector, de la visita cursi en que son veinte de familia, y al entrar no hallas donde poner el abrigo y el sombrero, porque están haciendo la limpieza; ó el criado, si lo hay, te deja á la puerta, olvidándose de advertirte que han salido los señores, ó sin decirte adónde has de pasar, y si tropiezas con los muebles sacados de quicios, ó te metes en el cuarto de la señora, que á la sazón se está levantando; y los niños te aturden y te soban, y el perrito te ladra ó te pone hecho una lástima, y el colegial te saca los ojos con el espadín de su abuelito cuando era concejal, y la madre te asegura que debes cuidarte, porque tienes cara de tísico, y las hijas se peinan junto á ti sin miramiento al pantalón que has estrenado, ó cosen ó te llenan de hilachas la levita, ó bien te obligan á tenerles la madeja, enredada más que un pleito, ó hacen que cargues con un lio ó le echas un rapapolvo al aguador, y á todo ello sólo te dirigen la palabra para darte una orden ó decirte una impertinencia ó soltar la muletilla:

—Vd., Fulanito, es de confianza.

—¡Pero, señor, si yo no quiero serlo!—piensas para tu capote, ya á punto de estallar.

¿Y qué diremos del amigo que da una comida de etiqueta y á ti no te convida, porque eres de confianza?

¿Y qué del que te pide prestado y no te lo devuelve, y cuando se lo exiges te contesta:—En confianza te confieso que no tengo una peseta?—

¿Y qué del que paga á todos sus acreedores, ménos á ti, tranquilizando su conciencia con esta reflexion: "Luisito es de confianza; esperará?"

¿Y qué del que si te encuentra en paseo ó en el teatro te acomete callandito por la espalda y te tapa los ojos con ambas manos, preguntándole con voz de máscara—¿quién soy?—para dar á entender á los que te acompañan que te trata con mayor confianza que ellos?

¿Y qué, en fin, del amigo sastre ó industrial, que te sirve de lo peor y en la cuenta te carga la mano como á ninguno, porque tú eres de confianza y no te quejarás?...

Noches pasadas hubo funcion régia en el Real, y la condesita del Valle, cual otra Eufemia, me invitó á su palco. El teatro estaba hecho una piña. Como moscas á la miel acudieron los invi-

tados y también los visitantes; el palco ya no era palco, parecía una salvadera.

—¡Jesús María, qué compromiso! No cabemos—masculló la condesita. Y en seguida añadió á mi oído:—¿Si fuera Vd., tan amable que se colocara allá, en aquél rincón... Vd. es de confianza.—Y luego, á la salida:—¿Quiere Vd. hacerme el favor de ver si parece mi lacayo? Me es imposible desatender á las del Cerro... ¡Uf! ¡cómo se pondrían!... Y el caso es que mi sobrinito no cabe en el coche... ¿Quiere Vd. tener la bondad de acompañarle á casa en uno de alquiler?

Lector, ¿se cantó la ópera? ¿Hubo runcion aquella noche? Dicen que sí; yo sólo puedo asegurar que gracias á la confianza que reina en nosotros, la condesita del Valle se va convirtiendo para mí en un valle de lágrimas. En cuanto á ti, sábelo á tu vez, una de las peores cosas que pueden ocurrirte en este mundo es íntimar, tener confianza con las personas ó que ellas la tengan contigo. Ya verás cuántos favores, qué de impertinencias te pedirán á cada paso.

Así, aleccionado por la experiencia, de franco y abierto que era, me he vuelto desabrido y áspero. Yo ya no visito á Eufemia, y me voy por otro lado si encuentro á la condesita del Valle; yo soy atento y cortés con todo el mundo, pero con nadie íntimo, á nadie prodigo mis sonrisas, á nadie estrecho la mano más de lo necesario.

—¡Oh! debe Vd. de llevar una vida muy triste.

—Así así.

—¿Por qué no se casa Vd.?

—¡Imposible! El matrimonio es la confianza suma entre dos personas. No, no quiero ser de confianza para mi mujer.

—La luna de miel, con todo...

—¡Ah! La luna de miel es una luna que no tiene novilunio! Así salen ellos, los matrimonios!

La confianza es el veneno de la amistad y del amor.

Por eso soy insociable, por eso no me caso, por eso le digo á todo el mundo:

—Trátame Vd. de cumplido de muchísimo cumplido.

JUAN TOMÁS SALVANY.

Madrid 14 de Diciembre de 1882.

QUÉ ES LA MUJER.

La mujer es viva estrella
Del Empíreo, que fulgura
Del amor en el camino
Con majestad tan augusta,
Que, al contemplarla extasiado,
Se sueña delicia suma.
Es el ángel que consuelo
Nos presta en la desventura;
La que calma cariñosa
Las aflicciones agudas
Que, al corazón lastimando
Siempre tenaces y duras,
Marchitan nuestra existencia
Y la arrastran á la tumba.
Aura de aliento benéfico
Que muellemente columpia
Al alma en verjel de dichas
Seductoras cual ningunas.
Sirena de voz celeste
Y de mágica hermosura,
Que, arrojando nuestro espíritu,
Leda su canto modula.
Célica flor, que en el mundo
Con su fragancia perfuma
La senda llena de abrojos
Do nos lanza la Fortuna,

Y que errantes recorremos
Siempre en pos de la ventura.
Tierna beldad misteriosa.
Que, si el dolor nos abrumba,
Nos vuelve la paz ansiada
Con una sonrisa suya,
Que entre perlas y corales
En su boca se dibuja.

¿Qué espectáculo más santo
Que el de la madre que escuda
A su hijo, contra la sierpe
De las maldades astuta,
Que mil placeres dorados
A su alma infantil anuncia?
¿Dónde una escena más dulce
Que cuando rendida jura
Al galán que la enamora,
Eterna pasión profunda?
¿Dónde un cuadro más gracioso,
Que el de aquella que en la cuna
Adurmiendo su hijo bello,
Tierna cántiga murmura;
O bien le estrecha amorosa
En su regazo, si anubla
Sus ojuelos triste llanto
Que solicita ella enjuga?
¿Ni dó un ejemplo más noble
Que el de la madre que inculca
A su hijo, de las virtudes
Las sábias máximas puras,
Que son cual fanal que guía
Del Eden hasta la ruta,
Donde Jehová majestuoso
Se asienta entre nubes fúlgidas?
¡Llor eterno á las mujeres
Que, calmando nuestras dudas,
Secan las ardientes lágrimas
Que vertemos en la angustia!
¡Guerra sin fin á los hombres
Que en su impiedad las calumnian,
Negando que ellas mitiguen
De este valle la amargura!

AGUSTIN MUÑOZ Y GOMEZ.

IMPRESION.

Te ví y dijiste:—Conocer anhelo
La impresion que de mí tu pecho encierra.—
Sábelo, pues, si fraude ni recelo:
La que dejan los ángeles del cielo
Si cruzan un instante por la tierra.
Mucho lodo pisé, hiel muy impura
Bebí en la copa del dolor cobarde;
Mas hoy, no es falso ni grosero alarde,
Al recordar su espléndida hermosura,
Aun siento, y digo: para amar no es tarde.
Yo ví en sus ojos el reflejo ardiente
De un corazón para el amor formado,
La blancura del nácar en su frente,
Y en su noble y gallardo continente
La majestad de un ángel desterrado.
¿Te acuerdas?... Sí: la noche tenebrosa
Su manto de luceros desplegaba,
Y en la tranquila paz de la lujosa
Estancia, de un quinqué la luz dudosa
Muebles y cortinajes alumbraba.
La silenciosa calle, antes desierta,

De alegre multitud se fué poblando;
Y luego, al pié de tu cerrada puerta,
Serenata bellísima entonando,
La música al amor dijo: ¡despierta!
Sobre un muelle divan, el tibio aliento
De mi callada boca contenía.
Para escuchar mejor tu dulce acento;
Y al oír la serenata, el pensamiento
Serenatas también te dirigía.

A la pálida luz de las estrellas,
Del cerrado balcon tras los cristales,
Oyendo los acordes musicales
Y contemplando tus facciones bellas,
La dormida ilusión brotó á raudales.

Soñé con paladines y torneos,
Almenados castillos, noble cuna,
Y quise realizar, por mi fortuna,
Yo no sé qué románticos deseos
Al resplandor de la muriente luna.

Por fin la calle se quedó sin gente,
Y al perderse en los aires la armonía,
Cruzamos nuestro *adiós*, tú indiferente,
Yo, sintiendo un volcan bajo mi frente,
Al salir de tu casa me decía:

Amor, felicidad... ¡cansado empeño!...
¡Oh noche de delicias sin segundo!
Tú serás en mi espíritu risueño
Lo que son los placeres de este mundo:
Una memoria, un breve instante, un sueño.

JUAN TOMÁS SALVANY.

Madrid.

HISTORIA TRISTE.

Hay momentos en nuestra vida en que el corazón se estrecha en un círculo de dolor; en que sólo deseamos la sociedad como única compañera; en la que existe el bálsamo que puede mitigar la agonía de instantes tan aciagos, y sin saber en qué consiste nuestro infortunio, rehusamos la presencia de los demás, para dejar correr esas lágrimas consoladoras que aligeran el corazón del terrible peso que le abruma.

Tal era para mí el momento en que recordaba los detalles dolorosos del episodio que voy á referir.

La dicha, pensaba yo, es una quimera que cual el humo, desaparece al más ligero contacto del que pretende tocarla, y su vista sólo nos lega recuerdos depositados en el seno de la esperanza. Esta es el luminoso astro que con sus fulgores borda el nebuloso horizonte que circunda nuestra vida. Es el faro brillante que ilumina nuestro corazón después de sus terribles combates, y donde se ostenta esta frase salvadora: "Espera."

¡Pero en cuántas ocasiones adora el corazón en vano esta bendita palabra! ¿No es á veces en la vida pálida tinta de una ilusión pasajera, más débil su brillo que la fuerte luz de la realidad?

Del inseguro pedestal de sus quimeras ve el corazón desplegarse una á una sus risueñas concepciones, y cual flores deshojadas por el huracán, ve en torno suyo los pétalos que formaban la bella flor de sus vanos delirios.

Me hallaba en la risueña aldea de... bello jardín, cuyas flores nacen acariciadas por las frescas brisas de una de las pintorescas playas de que guarda la poética Galicia. Contemplaba aquel bello y encantado oasis donde parece que sólo el placer puede residir, cuando de pronto sonó la campana en la inmediata iglesia, y los religiosos campesinos suspendieron su trabajo y se dirigieron al templo; yo caminé entre la multitud, y al llegar ví que el Dios de las misericordias se dignaba visitar por última vez en la vida á un sér que abandonaba el mundo para volar á su morada. Con el es-

píritu sumido en la contemplación que inspiran los misterios de nuestra religión sacrosanta, formé parte de la reducida comitiva que, con espíritu de fé, acompañaba al Dios de las alturas.

Después de atravesar en el mayor silencio varios caminos, paramos delante de una casa que por su exterior revelaba la miseria que dentro de ella reinaba, y allí era donde se dignaba entrar el Dios de amor. ¡Qué triste espectáculo! Imposible no derramar lágrimas de compasión al ver aquel recinto donde por última vez se ejercía el acto más solemne de la vida. Allí no existía ni lo más preciso para la existencia. En las negras y desnudas paredes se mostraban las grietas del tiempo. Ni una silla, ni una mesa, ni fuego que denotara que aquella casa se habitaba. Sólo se veía un arca vieja á la entrada de la puerta, y en un aposento triste y reducido una cuerda sujeta á la pared por sus extremidades, con unos harapos colgados en ella, y allí, en aquella estancia, en un rincón del suelo, sobre un pobre y sucio jergón, descansaba un bulto informe que envolvían unas andrajosas mantas. Ese bulto era una anciana enferma, que en el último período de su vida iba á recibir los dos Sacramentos de la Eucaristía y la Extremaunción, en medio de la más acabada miseria.

Por única compañera de aquel infortunio se veía una joven como de quince años, nieta suya, que pálida y demacrada, apenas se sostenía arrimada á las paredes sufriendo una terrible fiebre, y cuya faz tenía impresas las huellas de las constantes y amargas privaciones á que su vida estaba sujeta. Arrastrándose como pudo, había salido á recibir al sacerdote cuando éste traspasaba los umbrales de aquella morada de aflicción, conduciéndolo al triste lugar donde reposaba la anciana. Ya allí todos, y postrados con santo recogimiento, comenzó la sagrada ceremonia, resonando en el aposento la evangélica palabra del sacerdote que guiaba un alma hácia su Dios mostrándole los dinteles de esa patria eterna de bienaventuranza.

Administrado el último Sacramento que borra las reliquias de la pasada vida, y recordando mi memoria las sublimes palabras del inmortal Chateaubriand en su *Génio del Cristianismo*: "Venid á ver morir un hombre fiel," nos levantamos con piadoso fervor y dejamos aquella mansion de duelo, donde una mujer terminaba la noche de su vida entre la pobreza, y otra saludaba con lágrimas la aurora de la suya, para cumplir con el deber de regresar al santuario del Señor.

Al otro día la anciana dejara de existir. Cristiana de corazón, si tanto le negó el mundo, nada le faltó de Dios para volar á El. Los compasivos vecinos le ofrecieron su mortaja, pues la infeliz no poseía ni aún las fúnebres galas de la muerte.

Con el corazón poseído de dolor oí el lúgubre tañido de la campana que anunciaba á los mortales un sér de ménos en el mundo, demandando una oración por él. Allí, en torno de aquella tumba común que deposita un cuerpo en la tierra, se contemplaba la pequeñez de la vida, y vinieron á mi mente las inolvidables palabras con que nuestra Iglesia conmemora el Miércoles de Ceniza.

La infeliz joven, desheredada de la fortuna, buscaría en la hermosa caridad el pan que había de mitigar su hambre...

Venturosos de la tierra, recordad que no hay placeres comparables á la satisfacción del alma. En nuestros multiplicados goces acordaos del que sufre, tended una mano al desgraciado, envolved los dolores de la humanidad que gime en el resplandeciente manto de la caridad.

¡Feliz yo si al trazar, aunque muy mal, estas líneas que os revelan una historia, puedo hacer que nuestras lágrimas de compasión se mezclen á las de gratitud que vierta el pobre, y mezcladas suban al trono de Dios, para que allí, cambiadas en perlas, formen un día vuestra eternal diadema!

EMILIA CALÉ TORRES DE QUINTERO.

NOTAS É IMPRESIONES.

(TRADUCCION DE LA REINA DE RUMANIA.)

La cabeza humana es una *caja de sorpresas*; encierra buenos y malos espíritus, servidos y defendidos por los ojos y las orejas, pero vendidos por la boca.

**

Estudiad bien el cuerpo humano; pronto encontrareis el alma.

**

El honor del hombre lleva armadura; el de la mujer no tiene más que brisas y perfumes.

**

Los animales pueden ser libres en su elemento. ¿Proviene nuestra esclavitud de que casi nunca estamos en el nuestro?

**

No basta observar á los hombres; es preciso conocer profundamente su corazón.

**

El hombre es un enigma desde que nace hasta que muere, y se cree que va á comprendérsele destruyéndole. También el niño rompe su juguete para ver lo que hay dentro.

**

Cada hombre lleva en sí un Prometeo, creador, rebelde y mártir.

**

El hombre es un violín, y sólo cuando se rompe su última cuerda se convierte en un pedazo de madera.

**

Las mujeres son malas por culpa de los hombres, y los hombres son malos por culpa de las mujeres.

**

Es necesario conocer muy bien á los hombres antes de querer tener marcada personalidad propia.

**

Si somos creados á imagen de Dios, debemos ser acreedores.

**

Una reunion de hombres es una reunion de campañas acólicas, cuyas notas son armoniosas ó discordantes segun el viento.

NOMEN.

CHARADA.

La *primera* es un portento
De la divina creacion
Y *dos y tres* la mujer
Que adora mi corazón.
Tercia y segunda es objeto
Que sirve de precaucion
Y desde mi *todo* admiro
De mi *prima* el esplendor.

AMALIA PALOMO.

Solucion á la charada del núm. 21.

SO—NE—TO.

MADRID: 1884:

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE DIEGO PACHECO

Plaza del Dos de Mayo, 5

SECCION DE ANUNCIOS.

CREMA DE NIEVE Y ALMENDRA

Este gran descubrimiento de tocador es sin igual para tener suave el rostro, exclarecerlo, purgarlo de toda irritacion, conservarlo siempre fresco, limpio, terso y trasparante.

Las mujeres que lo usan diariamente se hacen admirar por el sano anteciopeado de su cutis y limpieza de su cuello.

También quita lo tostado del sol, del aire, de la brisa y baños de mar y minerales, grietas de labios y manos, arrugas, escocido, los efectos funestos de los malos blancos para el rostro, escama y otra esencia de la tez. "No tienen los metálicos."

Para despues de afeitarse los hombres es admirable, y para afeitarse los jóvenes, en lugar de agua y jabon, también limpia los piés y no se exponen á dolores reumáticos con la humedad en la estacion presente. A 6 reales bote y 2 onza; por mayor, 25 por 100 descuento.

Es buena para convalecientes ó de color y perdido por las viruelas, ictericia, fiebres tifóideas, tercianas; para quitar toda clase de manchas, precaver los sabañones mejor que todas las pomadas y tópicos conocidos hasta el día.

En Madrid, Jardines, número 5, almacén de Aceite de Bello-

tas: inventor L. de Brea y Moreno, y en 2.500 farmacias, droguerías y perfumerías de ambos mundos.

También reemplaza con inmensa ventaja al col-cream de los ingleses. Poned una poca antes de los polvos y me dareis gracias.

Es admirable para calmar el picor con ó sin costras de eczema, impigo, psoriasis, herpes, del favus ó tiña, sabañones, hemorroides, de toda erupcion cutánea, para reblandecer los granos, y calmar la irritacion de los callos, y para levantar los cocos de los niños y de toda clase de insectos de los adultos, en cualquiera region y de cualquiera ser viviente.

MECANICO.

ÚNICA CASA AUTORIZADA POR EL GOBIERNO.

Especial para componer máquinas de coser.

12, CARMEN, 12.

Importante á nuestras suscriptoras de provincias y Ultramar.

Deseosa la empresa de FLORES Y PERLAS de complacer y ser útil á la mujer en todo cuanto se relacione con las múltiples exigencias de la vida doméstica, desde la publicación del primer número del periódico perteneciente á su segunda época, se encargará por medio de su directora, de comprar en la corte y remitir á provincias y Ultramar cuantos objetos tengan á bien pedirlos las suscriptoras: ajueros completos para novias, trajes hechos á la medida, cortes de vestido, sombreros, abrigos, guantes, objetos de perfumería, útiles propios para labor, corsés, pieles, encajes, caprichos para regalos, muebles de ornato y utilidad, canastillas para recién nacidos, porcelanas, jarrones, abanicos, libros, etc., cuanto en fin, puedan necesitar de Madrid nuestras suscriptoras, mediante el exiguo pago del 1 por 100 de comision.

Las señoras que deseen utilizar esta importante seccion de nuestro periódico, al hacer el pedido á la directora, deberán remitir su importe en carta certificada, añadiendo á él, la comision y gastos de envío. Al servir el pedido, acompañará al mismo, el recibo correspondiente librado por la casa donde se hayan comprado los géneros.

La empresa no responde en modo alguno de los extravíos y desperfectos que pudieran sufrir los envíos.

Para mayor comodidad de nuestras suscriptoras, inauguraremos en FLORES Y PERLAS una seccion de *Correspondencia*, con el fin de que por por medio de ella se aclaren las dudas que pueden ocurrir al hacer los pedidos.

FLORES Y PERLAS

PERIÓDICO LITERARIO, RECREATIVO Y MORAL

DEDICADO AL BELLO SEXO

DIRECTORA: Josefa Pujol de Collado.

Este *Semanario* único de su género en España, ha logrado en los pocos meses de su publicación, un desenvolvimiento tan envidiable, que la Empresa está dispuesta á no omitir sacrificio alguno para hacerla digna de competir con los mejores que ven la luz en otros países.

Consta por consiguiente, de ocho páginas y seguirá publicándose todos los jueves, con la colaboracion de las más distinguidas escritoras.

PRECIOS DE SUSCRICION:

En toda España..... 2 pesetas trimestre.

Ultramar y extranjero..... 5 » »

La suscripcion empieza en 1.º de cada mes.—Número corriente, 25 céntimos.—Atrasado, una peseta.—Pago siempre adelantado.

Para suscripciones, pedidos y reclamaciones dirigirse á la Administradora, doña Eufrasia Gonzalez, calle de Santa Polonia, 14, segundo.—MADRID.

MÁQUINAS "SINGER" PARA COSER.

La Compañía Fabril "Singer"

Se ha trasladado á

23, CALLE DE CARRETAS, 25.

(ESQUINA Á LA DE CÁDIZ).

¡¡UN TRIUNFO MÁS!!

Las máquinas "SINGER" para coser

han obtenido en la Exposicion de Amsterdam la más alta recompensa:

El Diploma de Honor.

¡¡CUIDADO CON LAS FALSIFICACIONES!!

Toda máquina "Singer" lleva esta marca de fábrica en el brazo.

Para evitar engaños, cúidese de que todos los detalles sean exactamente iguales.

CUALQUIER MÁQUINA "SINGER"

Pesetas 2,50 semanales.

LA COMPAÑÍA FABRIL "SINGER"

Dirección general de España y Portugal:

23, CALLE DE CARRETAS, 25.

MADRID.

Sucursales en todas las capitales de provincia.



DR. GONÍ.—Especialista en las vías urinarias y matriz.—Montera, 5, segundo.

VIETA.—Dentistas americanos.—Espoz y Mina, 1.

ELIXIR INGLÉS

Cura radicalmente los dolores de muelas, tanto si son producidos por cáries como por neurálgias ó cualquier otra causa. Es remedio seguro probado por infinitas personas, habiendo obtenido todas inmejorables resultados.

Se vende en frascos de 4 y 10 reales en la Administracion de este periódico, calle de Santa Polonia, 14, segundo, Madrid.

PELUQUERIA Y PERFUMERIA

DE

PEDRO FERNANDEZ PUIG,

PROVEEDOR DE LA REAL CASA

Este establecimiento es el primero en su clase en presentar los más nuevos modelos de peinados y postizos de más aceptación en París. En la actualidad podemos ofrecer á las señoras varias formas de los elegantes y cómodos *POUF*, *PAPILLON*.—Artículos de perfumería de los fabricantes más acreditados ingleses, alemanes y franceses.—Tinturas inofensivas para teñir los cabellos, garantizados.—Blancos para la cara.—Objetos de marfil y concha.

9—CORREDERA BAJA—9

DR. GARRIDO.

Continúa demostrando en su Gabinete Clínico, Luna, 6, que su sistema especial é inofensivo es el que generalmente da mejores resultados en toda clase de padecimientos crónicos y desesperados, aunque sean particularmente en los del estómago, por lo cual todos los enfermizos que se hallan bien informados sobre asunto recurren á él.

Referencias evidentes cuantas se deseen; hasta el convencimiento íntimo de esta gran verdad.

LAS INVENCIBLES.

SALES MARINAS del Cantábrico de Yarto Monzon, *únicas naturales* para baños de mar en casa.—Paquete de 1 kilo 10 reales, con algas grótiis.—Doce años de existencia y la recomendación de los médicos de toda España; son su mejor garantía.—Utilísimas en todos los casos en que están indicados los baños de mar.—Pídanse de Yarto Monzon: en Madrid, plaza de Herradores, 4, 5 y 6 botica.—Farmacia de Izquierdo, Pontejos, 6.—Perez Negro, Ruda, 14.—Y en todas las poblaciones de España donde tenemos corresponsales.

NIÑOS ENFERMIZOS.—Curación de las lombrices con la Yartina ó Mata lombrices; sabor agradable, espulsando los vermes á millares.—Cajas de 4 y 8 reales, segun edad.

DENTORINA YARTO.—Específico infalible que devuelve la baba á los niños, quita el ardor de las encías, les arregla el estómago, cura la alferencia y todos los síntomas nerviosos en días y á veces en horas.—Caja 3 pesetas, por correo 14 reales.—Pídanse á Yarto Monzon, plaza de Herradores, 4, 5 y 6, frente á la calle Mayor.—Mallor.

JUAN BONA

Altas novedades en bisutería de oro, dúblé y luto: gran surtido en artículos de piel.—**ESPECIALIDAD EN JUGUETES.**

15, Mayor, 15.—MADRID.

Ayuntamiento de Madrid